

La calle para el jueves 15 de febrero de 2007
Diario de un espectador
Jodorowsky por Leñero
por miguel ángel granados chapa

“En la entrada del auditorio de Ciencias, en la Ciudad Universitaria, Alexandro Jodowsky se erguía de pie con un saco largo, anaranjado, que le llegaba casi al suelo, como los de Sergio Leone”.

Así abre Vicente Leñero la primera entrega de su nueva sección en la *Revista de la Universidad*, “Lo que sea de cada quien”. Jodorowsky era, al mismo tiempo, un animador cultural muy activo y un infractor, ansioso de originalidad, gozoso del escándalo que sus iniciativas provocaban. Había sido mimo, discípulo de Marcel Marceau, y fue él, recuerda Leñero, el director “que nos descubrió a Ionesco y a todos los del absurdo en el teatrillo de La esfera, en el Ródano, en el Jesús Urueta, en el Jiménez Rueda, en el Xola”. Le había dado por provocar, “cuando encueraba a todo el elenco de *Zaratustra*, cuando destruía pianos en su programa de televisión, cuando degollaba gallinas o destazaba vacas en su foro privado frente a un público exquisito, cuando filmaba películas escandalosas: *Fando y Lis*, *El topo*, *Santa Sangre*”.

Leñero cuenta lo ocurrido cuando, hace unos cuarenta y tantos años, Jodorowsky convocó a una mesa redonda de escritores, muy jóvenes algunos de ellos (Gustavo Sáinz, José Agustín, Juan José Gurrola, Luis Guillermo Piazza y Leñero) que se presentarían junto con el grupo roquero de Javier Batis. El organizador pidió a los participantes esperar tras la cortina del auditorio para ser anunciados uno a uno, en son de escandalosa burla, como si fueran cirqueros, y así eran recibidos por el público.

“Empecé a temblar de miedo tras la cortina que nos aforaba. Al estilo tradicional, yo traía en la chamarra cuatro cuartillitas dobladas, sobre *El dramaturgo y su compromiso político*, y no me sentía con ánimos para cruzar el foro como lo hizo Gustavo, menos como llegó José Agustín hasta la mesa, dando brinquitos de chapulín. También me sentía incapaz de leer en algún momento mis cuartillas en ese ambiente ya de entrada estruendoso por los platillazos de Batis y los gritos de chungu de un público dispuesto al relajo. Lo que debía hacer era huir, huir de inmediato.”

No lo hizo, y llegó hasta la mesa como pudo. Pero Jodorowsky decidió entonces reconciliarse con Gurrola, con quien había reñido, y lo abrazó, como parte inicial de un baile inesperado. Bailaron “un tango arrastradito, un danzón cadencioso, un rock alucinante”, tocados por “los músicos enloquecidos”. En esa misma condición Jodorowsky ordenó a los frustrados ponentes:

“¡También ustedes bailen!...!Trépanse arriba de la mesa, trépanse!. ¡Todos a bailar! Esta es la mejor forma de dar una conferencia ¡con el júbilo del baile, con el reventón de la cultura!

Un hombre canoso, empleado de mantenimiento en el auditorio de Ciencias, subió rápidamente al foro, asustadísimo. Suplicaba:

--En la mesa no, muchachos, en la mesa no. Está prohibido. Van a ensuciar la carpeta. La van a destrozar. Por favor.

Ni quien le hiciera caso al infeliz. Ya estaba Gustavo Sáinz sobre la carpeta verde zangoloteándose; ya quebraba la cintura José Agustín de aquí para allá, mientras el auditorio se transformaba en el teatro de un aquelarre que se prolongó durante horas, según me dijeron después.

Tuvieron que llegar autoridades de rectoría y trabajadores del sindicato universitario para frenar el desmadre. Nunca me enteré bien cómo concluyó aquella mesa redonda, Piazza y yo nos habíamos arrinconado primero en el pasillo bajo el proscenio y casi se inmediato escapé sin atender los gritos de Alexandro:

--¡Baila! ¡No te vayas! ¡No seas cobarde!

No volví a encontrarme en persona con Alexandro. Dejó el teatro, se fue del país, se convirtió en chamán. De vez en cuando regresa a México a presentar sus libros y a dar conferencias tradicionales sobre psicomagia. Ya es un viejo como yo”.